

El estudio de la narcocultura mexicana: trayectoria y enfoques

The Study of the Mexican Narcoculture: Progress and Approaches

América Becerra
Universidad Autónoma de Nayarit
america.becerra@uan.edu.mx

Enviado: 13 julio 2022 | **Aceptado:** 10 noviembre 2022

Resumen

Este documento contribuye al ordenamiento de la producción académica sobre la narcocultura mexicana, particularmente mediante la revisión de su trayectoria y evolución, así como con la identificación de los enfoques desde los cuales se ha conceptualizado. Con apoyo en una investigación documental sobre la producción académica en artículos, capítulos y libros centrados en el tema, se encontró que existe una amplia área de investigación que no se limita al estudio de las formas simbólicas, las estéticas y estilos de vida, sino que analiza las dinámicas culturales ligadas al narcotráfico como empresa transnacional y su relación con las condiciones de vida de millares de personas en México que han quedado insertas en este entorno; además, estas aportaciones ayudan a desmontar la versión maniquea en torno al narcotráfico como una lucha entre lo legal e ilegal, y permiten entender a las drogas como un producto cultural arraigado en elementos locales que emerge dentro del proceso de globalización neoliberal.

Palabras clave: Narcocultura, investigación académica, México, narcotráfico.

Abstract

This paper contributes to ordination of the academic production about Mexican narcoculture, particularly by reviewing its progress and evolution, as well as identifying the approaches from which it has been conceptualized. Through documentary research on academic production in articles, chapters and books focused on the subject, we found that there is a wide area of research that not only studies symbolic forms, aesthetics and lifestyles, but also analyzes the cultural dynamics linked to drug trafficking as a transnational company and its relationship with the living conditions of thousands of people in Mexico, who have been inserted in this environment. In addition, they contribute to dismantling the simplified version of drug trafficking as a battle between legal and illegal and allow us to understand the drugs as a local cultural product that emerges within the process of neoliberal globalization.

Keywords: Narcoculture, academic research, Mexico, drug trafficking.

Introducción

En las últimas décadas se han multiplicado los estudios sobre la narcocultura en América Latina. Son aportaciones que profundizan en la manera en que se producen las configuraciones simbólicas y los imaginarios en torno al narcotráfico, y que han puesto en evidencia que el tráfico de drogas no se acota en los ámbitos económicos, legales, policiales o políticos, sino que involucra dinámicas culturales que contribuyen a dar sentido y significado al narcotráfico en la sociedad.

En México es notable la profusión de expresiones de la narcocultura, sobre todo mediante el corrido, la literatura, el periodismo, el cine y la televisión, cuyos productos han alcanzado una elevada popularidad, así como por medio de prácticas y comportamientos que han conformado un controvertido estilo de vida que hace énfasis en la transgresión, la riqueza y el poder, lo que resulta atractivo para algunos grupos sociales.

Aunque las primeras expresiones de la narcocultura en el país emergieron a inicios del siglo pasado con los corridos que hablaban del contrabando y uso de drogas, su relevancia social se elevó en décadas recientes por la capacidad que tienen para mostrar y explicar la violencia, así como por su potencial para incidir en la configuración de los imaginarios sobre el tráfico y consumo de estupefacientes. Estos aspectos estimularon la reflexión y el análisis sobre la narcocultura en México desde las ciencias sociales, las humanidades y la antropología.

Se puede entender que para muchas y muchos investigadores el estudio de la narcocultura surgió porque sus expresiones comenzaron a interpelar en la vida cotidiana con mayor fuerza, y porque era notorio que emergían de la mano con la violencia exacerbada que se extendió por todo el país, la que, según la proclama oficial, era consecuencia de la guerra contra las drogas pronunciada por el Gobierno mexicano. En la actualidad se puede observar un notable interés por la narcocultura tanto al interior del país como en el ámbito académico de América Latina y del mundo.

Un acercamiento al tema permite observar que es recurrente la exploración de las formas simbólicas y de su potencial para generar imaginarios sociales; pero, también se advierte la existencia de formas disímiles de conceptualizar a la narcocultura. A esto se agrega que los estudios han evolucionado a lo largo del tiempo, por lo que existe una amplia producción académica con distintas perspectivas y propósitos, lo que llega a generar confusión y dificulta la comprensión de este fenómeno social.

Este documento se creó con el propósito de contribuir al ordenamiento de la producción académica realizada en torno a la narcocultura en México; de manera particular, se intenta delinear la trayectoria y evolución que han tenido las aportaciones académicas, así como identificar las posturas desde las cuales se ha conceptualizado a la narcocultura, considerando que son aportaciones que tratan abonar a la comprensión de uno de los mayores problemas que enfrenta el país: la violencia exacerbada ligada a la prohibición de las drogas.

Se parte de la premisa de que la producción académica constituye un tipo específico de conocimiento y es una forma de comunicación del saber que puede incidir en la manera en que las personas entienden su realidad social; es decir, es un discurso que entra en juego en un universo mayor, donde se trata de dar sentido a los sucesos y las prácticas individuales y sociales, en este caso a los eventos y actividades ligadas al tráfico de drogas.

Además, dicha producción emerge dentro de contextos sociales determinados; como indica Van Dijk, las teorías, descripciones y explicaciones también están «situadas» sociopolíticamente, por lo tanto, en lugar de ignorarlas deben tomarse en consideración las relaciones entre el trabajo académico y la sociedad. De igual manera se reconoce que el campo científico se dinamiza a partir de estructuras de poder donde entran en juego comunidades científicas que institucionalizan los temas o problemas de investigación (Bourdieu, «El campo científico»). En México los estudios sobre la narcocultura vienen de la mano con la investigación sobre las violencias y el crimen organizado en las sociedades actuales.

En este trabajo no se pierde de vista que la narcocultura y el narcotráfico no son exclusivos de este país, sino que se insertan dentro del contexto de globalización y modernización occidental; sin embargo, se advierten rasgos particulares que inciden tanto en su manifestación social como en las perspectivas desde las que se estudian.

Para elaborar este documento se partió de una investigación documental sobre la producción académica centrada en la narcocultura en México. Debido a que es inasequible abarcar la totalidad de las aportaciones realizadas, se revisaron artículos, capítulos y libros a los que se puede acceder de manera física o a través de bases de datos digitales, tomando en consideración que, en su exploración, más que en la cantidad, radica la contribución a la sistematización del conocimiento generado sobre este fenómeno social. El texto abarca dos secciones: en la primera se trata de mostrar un bosquejo del desarrollo de la narcocultura en México y del avance en los estudios sobre este tema, y en la segunda, se exponen las perspectivas teóricas identificadas desde las cuales se ha analizado a este fenómeno social.

La narcocultura en México y su análisis académico

En el desarrollo de la narcocultura en México han confluído de manera significativa tres aspectos: el fortalecimiento de la política antidrogas que derivó en la acentuación del narcotráfico y violencias; los fuertes anclajes de estas expresiones en la cultura popular; y el creciente interés de las industrias culturales y las empresas de medios por aumentar sus audiencias mediante producciones espectaculares y temas centrados en la transgresión, el crimen y la violencia.

Las primeras manifestaciones emergieron a raíz de la presencia social que adquirió el narcotráfico al tipificarse como una actividad ilegal desde inicios del siglo pasado; esta

interdicción es parte de la política que el Gobierno de Estados Unidos extendió hacia América Latina por ser una de las principales regiones proveedoras de estupefacientes, a la vez que le permitía justificar el despliegue de estrategias políticas y militares al exterior de ese país.¹ En forma adversa, la ratificación de esta política contribuyó a la expansión del narcotráfico y el crimen organizado en esta parte del mundo, así como a la vigorización de la violencia a niveles inusitados (Rosen y Zepeda). Como señalan Youngers y Rosin, cada esfuerzo antidrogas de Estados Unidos traslada la producción y el tráfico de drogas a otras regiones, llevando consigo el flagelo del narcotráfico a nuevas partes del hemisferio, infligiendo daños enormes a las poblaciones más vulnerables.

El marco prohibicionista inició en México en 1917 mediante disposiciones contra el cultivo y comercio de productos de la marihuana y amapola bajo la idea de que causaban la «degeneración de la raza mexicana»; en 1927 la prohibición sanitaria de la marihuana se transformó en delito penal, ya que la planta se ligaba con el delirio y la violencia. Esto derivó en la criminalización de productores y consumidores, quienes provenían en su mayoría de «los sectores pobres, desfavorecidos y marginados, es decir, los sectores que de acuerdo con la mirada de las élites científicas y legislativas, eran particularmente susceptibles a la degeneración» (Stepan 1991, en Schievenini 26).

En este entorno se fueron gestando representaciones en el periodismo sobre el tráfico de drogas, los traficantes y los consumidores, mediante notas informativas que hablaban de las «campañas» orquestadas por las autoridades gubernamentales dirigidas a la destrucción de sembradíos y la persecución policiaca de quienes producían las drogas, las traficaban o las consumían ; pero, en ellas se evitaba mencionar a los personeros políticos implicados, aunque su participación fuera fundamental para el desarrollo del narcotráfico (Astorga, *El siglo de las drogas*). Desde entonces emergieron discursos e imaginarios sociales que reproducían la postura oficial y colocaban de manera específica a los sujetos involucrados: los traficantes se identificaron en la transgresión y la delincuencia, en tanto que las autoridades gubernamentales se encargaban de su combate y control; pero, también revelaban la inmoralidad, impunidad y corrupción policial y política ligada al narcotráfico.

La proscripción de las drogas y la colindancia con Estados Unidos propició que la frontera norte de México se convirtiera en un espacio primordial para el desarrollo de cultivos ilícitos cuyo principal destino de consumo se asentaba en el país vecino; esto permitió que la región noroeste, especialmente Sinaloa, se estableciera como la de mayor producción de enervantes. Para la década de los cuarenta ya se reconocían ciertas zonas del país como territorios del narcotráfico, sobre todo los entornos rurales y comunidades serranas. A la par, fueron aumentando las expresiones ligadas a las drogas; por ejemplo, a finales de los años cincuenta la prensa comenzó a utilizar la palabra

1 Autores como Linton señalan que con frecuencia las políticas antidrogas poco tienen que ver con el objetivo expreso de combatir a las drogas, sino que responden a los cambios en las circunstancias que se definen como amenazas (como el comunismo o el terrorismo), además de verse impregnadas de la paranoia religiosa y del miedo a la penuria generalizada.

«narcotraficante» para referirse a quienes participaban en el cultivo, procesamiento, tráfico y consumo de fármacos prohibidos, independientemente de la actividad realizada o la droga utilizada (Astorga, *El siglo de las drogas*). Esto implicó la criminalización jurídica y social de quienes, de alguna forma, se vinculaban a este entorno.

El aumento de la pobreza y el incremento del cultivo y producción de enervantes fueron fundamentales para que se multiplicaran las expresiones generadas desde la cultura popular, las que, a diferencia del discurso oficial, ponderaban la generosidad de los traficantes. Ante la indiferencia del Estado y del Gobierno por la población marginada, los traficantes aparecen en ellas como proveedores de bienestar, ya que apoyaban a las comunidades con infraestructura o recursos económicos a cambio de protección y respaldo. Gracias a su arraigo en la población y a su lenguaje llano, el corrido se convirtió en uno de los espacios primordiales para exponer, entre ficción y realidad, las hazañas de traficantes, los enfrentamientos, las particularidades del trasiego, los valores y normas propias de la actividad; pero, a la vez, registraban los aspectos centrales del contexto social: la crisis económica, los procesos migratorios, las deportaciones y el desmoronamiento del sur de la frontera, la corrupción y la impunidad (Valenzuela, *Jefe de jefes*).

Aunado a lo anterior, la industria cultural incrementó la composición y difusión de narcocorridos debido a su alto valor comercial; cabe señalar que, con frecuencia, estos productos eran solicitados y costeados por los propios traficantes para extender su imagen social. Asimismo, en la industria cinematográfica el narcotráfico ganó mayor presencia y pasó de ser un elemento contextual a colocarse como tema central en muchas de sus producciones. Las primeras cintas solo hablaban del daño social e individual de las drogas, como puede verse en *El puño de hierro* (1927), *Marihuana: El monstruo verde* (1936), *Opio, la droga maldita* (1949), entre otras. Esta confluencia de representaciones provenientes de diferentes ámbitos y con propósitos distintos contribuyó a que el narcotráfico se colocara en el entorno social como un tema común y pasara a formar parte del conocimiento popular.

En la década de los setenta la crisis en el campo mexicano, el incremento de la migración hacia Estados Unidos y la expansión del narcotráfico a las zonas urbanas detonaron aún más la creación de expresiones simbólicas ligadas a las drogas; algunas seguían el discurso oficial y la moral imperante, mientras otras exponían la represión, el cohecho y la incapacidad del Gobierno para atender a la población más necesitada, al tiempo que resaltaban la figura del narcotraficante y las cuantiosas ganancias que emergían de este entorno.

En este periodo surgieron producciones que alcanzaron gran popularidad, como el emblemático corrido «Contrabando y traición», de Los Tigres del Norte, que incluía el romance y el papel de la mujer en el narcomundo; así como las películas de los hermanos Almada que resaltaban la lucha de los agentes policiales para controlar el tráfico de drogas. Aunado a ello, proliferaron las cintas en formato de *videohomes* con tramas sobre las proezas de los traficantes, cuyo financiamiento y consumo radicaba principalmente en los grupos criminales. Asimismo, emergió el tema del narcotráfico

en la literatura a través de narrativas que exponían los cambios en el mercado global de las drogas; la obra *Contrabando*, de Víctor Hugo Rascón Banda, y las creaciones de Elmer Mendoza dieron la pauta para mostrar el mundo del narcotráfico y sus violencias a través del género negro y la novela policial.

Este universo de representaciones influyeron para que a finales del siglo pasado quedaran asentados los rasgos que definían al narcotráfico en México: su papel en la producción mundial de drogas, su carácter de negocio millonario, los valores ligados a la transgresión, las formas de organización basadas en jerarquías de poder y las estrategias de dominación mediante la fuerza y la intimidación. Además, se podía reconocer un estilo de vida ligado a este entorno que se distinguía por actitudes vinculadas al anhelo de poder, al prestigio social, el machismo, el hedonismo y la ostentación de la riqueza material.

De igual forma se advertía la figura del capo poderoso a través de personajes como Pedro Avilés «El León de la Sierra», Rafael Caro Quintero, Miguel Ángel Félix Gallardo el «Jefe de jefes», Ernesto Fonseca Carrillo «Don Neto», Amado Carrillo Fuentes «El señor de los cielos», Juan García Ábrego, Ismael Zambada «El Mayo» y Joaquín Guzmán «El Chapo», quien ha llegado a ser el traficante mexicano más mediático. A la par, los medios informativos comenzaron a hacer referencia a los «carteles» para identificar a las organizaciones de traficantes (Astorga, *El siglo de las drogas*) y, sobre todo, designar las demarcaciones territoriales correspondientes; por ejemplo, en ese entonces se hablaba de los carteles de Guadalajara, Sinaloa, de Juárez y del Golfo.

En este contexto, la producción simbólica sobre el narcotráfico se fue colocando como objeto de estudio en el entorno académico mexicano. No se identificó cuándo comenzó a emplearse el término de «narcocultura» en la producción académica; aunque, es posible que haya emergido del ámbito periodístico y que se haya trasladado a los otros entornos sociales. Lo que sí es notorio es que el estudio de la narcocultura en México derivó de las investigaciones realizadas sobre el cultivo, tráfico y consumo de estupefacientes.

Como parte del registro de la prohibición de las drogas, Luis Astorga (*Mitología del «narcotraficante» en México*) analizó los arquetipos, ética y estéticas contenidas en los narcocorridos, considerando su incidencia en la producción social de sentido sobre el narcotráfico y los traficantes. El autor denotó la transformación de la figura del bandido-héroe al traficante-héroe, la ampliación del campo semántico ligado al «narco» (narcoestética, narcopolíticos, narcobanqueros, mininarcos, narcosatánicos), la relevancia de los atributos encarnados en los traficantes (astucia, fiereza, hombría, fama, respeto), la presencia de mujeres temibles en el narcotráfico, la forma de referirse a las drogas, las técnicas de contrabando, las armas y vehículos empleados, y las entidades federativas privilegiadas en los corridos de traficantes.

A partir del 2006 la configuración del narcotráfico se transformó a raíz de la guerra contra las drogas declarada por el presidente Felipe Calderón Hinojosa, ya que provocó la dispersión de los traficantes y el establecimiento de nuevas agrupaciones en todo el

país; asimismo, se desplegó la violencia por la conquista de los territorios y aumentó el crimen organizado en vertientes como el secuestro, la extorsión y el tráfico de personas. En forma análoga, se acentuó la corrupción e impunidad policial, militar y política.

Estas circunstancias se reflejaron en la narcocultura ya que las historias se recrudecieron, mostrando la violencia en formas explícitas y sanguinarias. A pesar de los intentos por prohibir la difusión de este tipo de contenidos, las industrias culturales encontraron en el narcotráfico un amplio escenario para explorar nuevos temas, lugares y personajes con el propósito de aumentar y diversificar sus audiencias.

Habría que tomar en cuenta que la modernización de dichas industrias se dio de la mano con la globalización de los mercados y con la evolución de las tecnologías de la información y la comunicación, por lo que no solo se transformaron los procesos de producción, sino que también las formas de acceso, consumo y apropiación de los contenidos, así como los sentidos y significados generados en torno al tráfico y uso de drogas.

En la industria musical emergió el Movimiento Alterado, el que proyectó a escala internacional los «corridos enfermos», caracterizados por exaltar la violencia, las armas de alto calibre, las ganancias millonarias, el machismo, la cosificación de la mujer, la capacidad de corrupción de los traficantes y el consumo de drogas. Su producto emblemático fue el corrido «Los Sanguinarios del M1», que habla del gusto por matar, ser sanguinario, hacer sufrir, traumatizar, degollar y de consumir drogas para andar «ondeados» o «endemoniados». Esta corriente musical se extendió a videos, fotografías, películas, vestuario y accesorios, y su popularidad hizo que se transformara en un estilo de vida y en un negocio millonario.

De igual manera, las producciones cinematográficas siguieron la tendencia de mostrar los contextos actuales del narcotráfico, aunque los productos televisivos fueron los que alcanzaron mayor efecto gracias a la diversificación de las tecnologías y la globalización de los consorcios de televisión. El éxito en las audiencias, registrado con la transmisión en el país de series colombianas como *Sin tetas no hay paraíso* (2006) y *El Cártel* (2008), detonó la producción y difusión de nuevos productos centrados en el narcotráfico, por lo que la oferta en México se amplió de manera acelerada en la televisión abierta, las plataformas de internet de acceso general y en los sistemas de video bajo demanda. En estos espacios se pueden encontrar series cuyas tramas y ambientaciones se construyeron pensando en el consumo global; dos narcoseries destacan por su elevada audiencia: *La reina del sur* (2011) y *El señor de los cielos* (2013).

En el ámbito académico es notable el interés que cobró la narcocultura en la primera década de este siglo, por el poder simbólico que estas expresiones encierran y su resonancia en la institucionalización del narcotráfico (Córdova, «La subcultura del “narco”»; Sánchez). Puede entenderse que la mayoría de las aportaciones de ese entonces se centraron en el narcocorrido debido al alcance social que este género logró, aunque los tópicos se diversificaron: su origen, los temas expuestos, las y los compositores e intérpretes, su desarrollo en épocas y regiones específicas, su prohibición, las diferencias

y semejanzas entre los corridos comerciales y por encargo, sus configuraciones simbólicas y su capacidad para establecer modelos a seguir para la juventud (Ramírez-Pimienta, «Del corrido de narcotráfico al narcocorrido»; Astorga, «Corridos de traficantes y censura»; Simonett, «Subcultura musical» y «Los gallos valientes»).

Por su parte, José Manuel Valenzuela (*Jefe de jefes*) elaboró un listado de los temas recurrentes en los narcocorridos, a manera de *corpus* sociocultural que refleja los posicionamientos axiológicos desde los cuales se definen los entramados en el narcomundo: la droga, el poder, la ostentación y el consumo suntuario, las relaciones de género y los arquetipos femeninos, el machismo, los regionalismos ligados al narcotráfico, los consejos o apotegmas, los desenlaces exitosos o trágicos y la figura del estadounidense como consumidor, socio o perseguidor.

Los cambios generados en el narcotráfico, su reorganización territorial, la modificación de las relaciones entre los traficantes y los grupos de poder, la intensificación de la violencia en todo el país, el incremento en la producción y consumo de drogas sintéticas y la consolidación del tráfico de estupefacientes como empresa transnacional propiciaron que la narcocultura se fortaleciera.

Nieto y Moro publicaron una lista con casi 50 libros de periodismo de investigación que trataban de develar los intrincados asuntos del narcotráfico, sobre todo los actores políticos involucrados, las negociaciones entre traficantes y la élite política, los militares y las corporaciones policiales, la injerencia del Gobierno norteamericano y las millonarias ganancias de unos frente a la precarización de las condiciones de vida de gran parte de la población.

Igualmente, la industria musical, cinematográfica y televisiva aprovechó el desarrollo tecnológico para diversificar sus productos y elevar su comercialización, sobre todo mediante internet. Gracias a ello, las personas usuarias en este país podíamos disponer de una amplia oferta de narcocorridos en formato de videos musicales, así como de películas nacionales e internacionales sobre el tráfico de drogas en México y otras regiones del mundo; además, a las producciones televisivas de ficción se sumaron los documentales y las series biográficas sobre los grandes traficantes de drogas, principalmente de Joaquín Guzmán, Miguel Ángel Félix Gallardo y del colombiano Pablo Escobar.

Dicho desarrollo también se utilizó para impulsar las narrativas transmedia e insertar a los personajes en diferentes historias; por ejemplo, de la serie *El señor de los cielos* emergió un cómic y un videojuego; además, el protagonista se presentaba en conciertos y videos musicales de intérpretes de narcocorridos. Esta proliferación de la narcocultura se dio mientras el país se consolidaba como exportador de heroína, cocaína, metanfetamina, marihuana y fentanilo a los Estados Unidos a través de organizaciones criminales transnacionales, y que diversas ciudades de México se colocaban dentro de las más violentas del mundo.

En el ámbito académico las condiciones sociales implicaron nuevos retos y paradigmas. En 2012 José Manuel Valenzuela señalaba el desafío insoslayable que estos escenarios presentaban para la investigación socioantropológica, ya que implicaba

la comprensión de nuevas lógicas de acción social en el contexto nacional y global, y agregaba que la violencia, el narcomundo y el crimen organizado, por más que se traten de ignorar, aparecen en la vida cotidiana, en los espacios de trabajo y alteran la convivencia social, de ahí la necesidad de analizarlos.

[...] como ciudadanos, como académicos y como personas, enfrentamos en nuestros ámbitos cotidianos, en nuestros mundos de vida y en espacios sociales más amplios, los efectos de la violencia, el crimen organizado, los marcos prohibicionistas y la adulteración del Estado. Frente a esta realidad debemos asumir el compromiso ético, académico y humanista para proponer nuevos marcos de convivencia, proyectos de nación más justos, incluyentes y equitativos y mejores horizontes civilizatorios («Narcocultura, violencia y ciencias socioantropológicas» 102).

Entre 2010 y 2021 las investigaciones y reflexiones se multiplicaron. La revisión efectuada por Becerra («Investigación documental sobre la narcocultura») mostró que entre los elementos más estudiados de la narcocultura se encuentran el carácter simbólico de sus expresiones, su potencial para generar expectativas de vida y su capacidad para legitimar el tráfico de drogas; asimismo, reveló que la producción científica tiene como ejes principales a los corridos, novelas, películas, series de televisión, arquitectura y prácticas religiosas.

En la investigación documental efectuada para este trabajo se identificaron numerosos textos centrados en los objetos culturales mencionados, a los que se agrega el léxico periodístico ligado al narcotráfico. Sin embargo, cabe resaltar que en los últimos años existe un incremento de investigaciones sobre la narcocultura que ponderan los procesos de mediación y significación tanto en la creación como en la apropiación de las expresiones simbólicas, así como su vinculación con las prácticas individuales y sociales. La revisión permite hacer las siguientes anotaciones respecto al estudio de la narcocultura en México:

- Existe una amplia producción científica sobre los simbolismos, códigos, configuraciones ideológicas y significados contenidos en las diferentes formas simbólicas; asimismo, acerca de las estéticas del narco y de su potencial para construir prácticas identitarias en regiones y grupos sociales específicos.²
- Es notorio el interés en el estudio de las representaciones de la mujer, los roles y estereotipos de género, las masculinidades y los atributos masculinos en el narcotráfico, considerando su expresión como parte del contexto cultural y del sistema patriarcal dominante.³

2 Para facilitar la lectura del documento los textos citados se insertan en pie de página. Ver Ramírez-Pimienta («El narcocorrido religioso»); Maihold y Sauter; Córdova («La narcocultura»); Villatoro; Mondaca («Narrativa de la narcocultura»); Vásquez («La villanía heroica de El Señor de los Cielos» y «Cuando los héroes fracasan») y Becerra («Representaciones de la narcocultura»).

3 Ver Ovalle y Giacomello; Ramírez-Pimienta («Sicarias, buchonas y jefas»); Mercader; Vásquez («De muñecas a dueñas»); Núñez; Núñez-González y Núñez.

- De igual manera, la narcocultura se analiza como documento histórico, ya que permite observar el desarrollo de las expresiones simbólicas dentro de épocas específicas o en relación con acontecimientos importantes vinculados al narcotráfico en México.⁴
- Aunado a ello, la narcocultura propicia la indagación sobre las representaciones de la violencia ligada al narcotráfico y del uso predatorio del cuerpo en contextos de economía de la muerte, biopolítica, necropolítica y mercado gore, así como de las formas en que contribuye a la instalación de imaginarios sociales que legitiman la violencia social.⁵
- En forma paralela al estudio de los objetos culturales, existe un conjunto de aportaciones que analizan los procesos de mediación, consumo, apropiación y subjetivación de dichos objetos en grupos sociales relacionados con escenarios caracterizados por la presencia del narcotráfico como Sinaloa, Michoacán y Nayarit.⁶
- A lo anterior se suman investigaciones y reflexiones que incorporan la narcocultura en México dentro del contexto regional en América Latina, o que abordan el tema de manera indirecta; por ejemplo, al analizar el papel de las industrias y del mercado cultural en la difusión de contenidos vinculados al tráfico de drogas.⁷

La producción académica evidencia la complejidad que encierra la narcocultura porque no solo refiere a los objetos culturales, sino que se entrelaza con las prácticas sociales, los imaginarios, los contextos sociohistóricos y la memoria colectiva.

Perspectivas de análisis de la narcocultura en México

La revisión documental corroboró el señalamiento que hizo Valenzuela («Narcocultura: sentidos y significados») sobre el carácter polisémico del concepto de narcocultura y la imprecisión con que se ha utilizado en el mundo académico, de ahí que resulta complejo distinguir las formas en que se ha conceptualizado. En este apartado se presentan algunas de las perspectivas de análisis identificadas; en específico se trata de cuatro visiones desde las cuales se observa a la narcocultura: la mitificación, la contracultura, la sobriedad y la construcción social de sentidos y significados. Cabe señalar que los elementos de unas y otras llegan a confluir, y que es posible que existan otras posiciones dada la amplitud de la producción académica sobre el tema.

4 Ver Burgos («Narcocorridos: antecedentes de la tradición»); Ramírez-Pimienta («El bazucazo»); Pardo; García; Díaz, Barredo y Hueso.

5 Ver Valencia; Ramírez; García y Escalante; Valencia y Sepúlveda; Pannetier.

6 Ver Karam; Becerra y Hernández.

7 Ver Polit-Dueñas; González-Ortega; Santos, Vásquez y Urgelles; Fonseca.

La perspectiva mitológica del narcotráfico

En 1995 Luis Astorga planteó que, ante la dificultad para acceder al mundo del narcotráfico y registrar sus entramados, la vía factible que la o el investigador tiene para referirse al tema es en forma «mitológica»; es decir, mediante el análisis de la producción simbólica.

Una o un sociólogo no puede abordar el tema de manera heterodoxa sin despertar sospechas de todos los bandos y bandas en pugna, de ahí la dificultad para explorar la vida de los verdaderos traficantes: en el mejor de los casos corre el riesgo de que se le considere «soplón» en potencia o «cómplice». Así las cosas, el material con el que trabaja consiste generalmente, por no decir totalmente, en imágenes mediatizadas –arquetipos contruidos socialmente–; entre estas hay una que todavía es accesible y, a diferencia de las demás, se encuentra más cercana al mundo de los traficantes: los corridos que se anuncian como de «mafia» o de «contrabando» (Astorga, *Mitología* 12-13).

De acuerdo con Luis Astorga, en la producción simbólica sobre las drogas coexisten dos discursos: el oficial y el generado desde los propios traficantes a través de los narcocorridos. El primero considera que el narcotráfico es un asunto de seguridad nacional y de salud, por lo que su combate constituye una razón de Estado. Esta representación se ofrece como un objeto preconstruido basado en la dicotomía entre lo legal e ilegal, lo normal y lo anormal, donde los anormales son quienes infringen la ley; además, se ha establecido como el punto de vista dominante y legítimo, por lo que permea los contenidos de los medios de comunicación masiva e, incluso, en los círculos académicos.

Frente al discurso oficial y ante la condición de ilegalidad de los traficantes, los corridos representan un medio que les permite transmitir sus méritos y legitimar las actividades; se infiere que el Dr. Astorga se centró en el corrido popular, ya que en ese entonces era la producción simbólica con mayor presencia social. Así, mientras el discurso oficial construye el arquetipo del criminal sanguinario, las composiciones musicales difunden, desde un punto de vista interno, la sociodicea de los traficantes y los valores que defienden y dan sentido a su existencia; esta configuración parte de la representación del traficante como bandido-héroe.

Lo anterior implica que en el entorno social el narcotráfico se define por medio de discursos que mitifican al narcotráfico en diferentes sentidos; sin embargo, Luis Astorga advirtió que la comprensión de las dinámicas culturales del narcotráfico es limitada si se ignora su emergencia en un momento histórico determinado donde la política y la economía establecen las escalas de producción y consumo, así como lo que es permitido y prohibido.

En una aportación posterior, Nery Córdova («La subcultura del “narco”») planteó que la configuración mitológica no solo se da mediante los narcocorridos, sino también en las diversas formas simbólicas de la narcocultura y las prácticas culturales ligadas al tráfico de drogas que encumbran a los personajes del narcotráfico que han alcanzado renombre gracias a la industria mediática.

Han tenido una suerte de arraigo orgánico en sus poblaciones de origen y han sido respetados, alzados y hasta entronizados a la categoría de «héroes» (o «antihéroes»), en torno a los cuales perviven aún creencias y mitologías sobre pretendidas bondades, aventuras y hazañas [...] (216).

Lo que se trata de poner en evidencia con estos señalamientos es la fuerza que llegan a adquirir los símbolos populares dentro de regiones específicas del país, al grado que «el símbolo cristaliza y sacraliza a la fuerza y al poder de la transgresión y la desviación social» (Córdova, «La subcultura del “narco”» 221).

Otro autor que refiere a la configuración mitológica es Oswaldo Zavala, quien pondera el papel del discurso oficial en el conjunto de las expresiones simbólicas sobre el narcotráfico. De manera semejante a Luis Astorga, para este autor el periodismo y los contenidos de ficción reproducen los discursos o mitologías diseminadas por los voceros oficiales que posicionan a los carteles y al crimen organizado como el enemigo que desafía a la soberanía del Estado.

El planteamiento de Zavala toma un sesgo particular porque afirma que la guerra contra el narcotráfico es una ficción creada por el Gobierno Federal, ya que «el narco» nunca ha sido una amenaza real: «Más allá de la materialidad del tráfico de drogas, lo que con frecuencia denominamos “narco” es la *invención discursiva* de una política estatal que responde a intereses geopolíticos específicos» (230). Dicha invención responde a las estrategias por mantener el estado de excepción del sistema político y ejercer el control social que, entre otros posibles beneficios, facilitan la apropiación ilegal de territorios del país ricos en recursos naturales.

En este orden de ideas, los imaginarios políticos y culturales contribuyen en la configuración del «narco» como objeto discursivo y refuerzan la política securitaria del Gobierno Federal; incluso, la producción académica se ve imbuida por la visión hegemónica, ya que sobrevalora la relevancia de los carteles, «para deslindar a las instituciones oficiales de esa actividad criminal» (Zavala 95). Aunque se reconoce el aporte de Oswaldo Zavala a la comprensión de narrativas literarias sobre el tráfico de drogas en México, también se observa que el autor nulifica la capacidad de reflexión y crítica del público en general y de las personas dedicadas a la academia frente al discurso oficial.

Pese al carácter ficticio, la perspectiva mitológica distingue la posibilidad que ofrecen las expresiones de la narcocultura para profundizar en la producción de sentido social sobre el narcotráfico, sus entramados, las estructuras discursivas y los actores que participan en su producción.

La narcocultura como subcultura y contracultura

Una de las primeras perspectivas de análisis es la que considera a la narcocultura como una subcultura que surgió a partir de la creciente presencia del narcotráfico, de sus valores y normas en el norte de México. No solo se trata del incremento de las

expresiones artísticas, sino del conjunto de prácticas sociales y culturales construidas a partir del asentamiento del tráfico de estupefacientes como sustento principal de algunas comunidades de esta región del país.

A partir de ello, Paola Ovalle señaló que una de las teorías que permite interpretar a la narcocultura es la de los frentes culturales, ya que las actividades del narcotráfico permean en la vida cotidiana e influyen de manera determinante en el sentido y los significados que adquieren en la población.

[...] los narcotraficantes conviven en su entorno exteriorizando algunas «formas de hacer» que empiezan a generar una serie de cambios y transfiguraciones sociales y culturales relacionadas directamente con el establecimiento de nuevas pautas de interacción, cambio en los valores y procesos de legitimación, entre otros (123).

La conformación de una subcultura en torno al narcotráfico implica un distanciamiento respecto a la cultura hegemónica que define al cultivo, producción, trasiego y consumo de drogas como actividades delictivas. Los individuos en posición subalterna se alejan de los usos y significados dominantes, y establecen una contrapropuesta que trata de constituirse como el punto de vista lícito, lo que se traduce en un campo de batalla por la legitimación social del narcotráfico.

En este sentido, Córdova («La subcultura del “narco”») planteó la existencia de una cultura de la transgresión y la desviación social en Sinaloa ligada al cultivo de la marihuana y al tráfico de estupefacientes, la que se arraiga en las tradiciones y la religión popular, pero también se expone en los medios de comunicación masiva. Asimismo, Sánchez indicó que la fuerte dinámica del narcotráfico ha colocado a esta subcultura como una cultura en sí misma con elementos identitarios diferenciados.

Para los años ochenta no había una subcultura, sino ya una cultura del narcotráfico, de la cual se desprendía gran parte de las legitimaciones y deslegitimaciones institucionales, es decir, la *narcocultura* transforma el patrón conductual y simbólico de la sociedad sinaloense y edifica un imaginario que pasará a ser la nueva significatividad, hoy «legítima» (Sánchez 82).

Esta subcultura fue evolucionando del ámbito rural y campirano para extenderse y establecerse como una institución consolidada que abarca un universo con creencias, normas, costumbres y formas tangibles e intangibles de significación. En este orden de ideas, Sánchez señala que la narcocultura

tiene un universo simbólico particular, un sistema de valores a partir de la premisa del *honor*, muy al estilo de las culturas y mafias mediterráneas: valentía, lealtad familiar y de grupo, protección, venganza, generosidad, hospitalidad, nobleza y prestigio; formas de regulación interna –el uso de violencia física a quien traicione al jefe o quiera salirse del *negocio*–; un consumo específico –uso de la cocaína o la adquisición de joyería de oro–; un argot particular –manejo de claves como estrategia de clandestinidad– [...]; modelos de comportamiento caracterizados por un exacerbado «anhelo de poder», en una búsqueda a ultranza del hedonismo

y el prestigio social; una visión fatalista y nihilista del mundo y distintas formas de objetivar su imaginario social (80).

Por su parte, Cabañas indicó que la industria de las drogas se constituyó en un tipo de resistencia por parte de las clases populares, lo que implicó su incorporación a los procesos de globalización marginal. En particular, el narcocorrido desarrolló rasgos contraculturales atractivos para los y las jóvenes que trataban de crear una identidad que les permitía mostrar su inconformidad con la cultura hegemónica en México y Estados Unidos; así se creó la moda de llevar botas y sombreros nortños, y de escuchar corridos sobre migrantes y narcos, a manera de revalorización de la cultura regional.

La narcocultura puede entenderse como un medio donde el traficante, como sujeto subcultural, fortalece su identidad marginal; es decir, es un espacio liberador que permite la reproducción y el mantenimiento de los elementos propios del mundo del tráfico de drogas. Por ello, en el análisis de la narcocultura resulta de utilidad el empleo de la propuesta constructivista de Pierre Bourdieu sobre estructuras estructuradas y estructurantes que designan condiciones de existencia, las que generan esquemas de percepción, pensamiento y acción que constituyen el *habitus*, y que, a través de prácticas de apreciación se traducen en gustos, signos distintivos y estilos de vida (*Criterio y bases sociales del gusto*).

Morín Martínez señala que, con frecuencia, los objetos y prácticas clasificadas como parte de la «sociedad narca» son presentados de esta manera por las autoridades y los medios de comunicación, y que a pesar de que muchos han dejado el ámbito estricto de esta subcultura porque se han masificado, es innegable la existencia de una estética y un estilo, de bienes materiales y simbólicos

que son capaces de representar ideas, actitudes y valores que forman parte de este *ethos* subcultural en el que sobresalen las representaciones del éxito, el poder y la ostentación, pero además alimentado por historias, leyendas o rumores que entretejen la realidad con el imaginario sobre sus dueños, y no son pocos los casos donde la ficción termina por nutrir la realidad e imponer su estilo (211).

La identificación de subculturas denota una relación establecida a partir de la visualización de una cultura dominante y de culturas desplazadas o subalternas; sin embargo, como señala Astorga (*Mitología*), las denominaciones de cultura, subcultura o contracultura no representan delimitaciones cerradas, sino que lo que se intenta con ellas es comprender un fenómeno situado en regiones específicas donde los niveles de violencia son mucho más elevados dentro del entorno nacional.

El lado positivo y la sobriedad en la narcocultura

Frente a la tendencia que califica a los contenidos de la narcocultura como apologías del crimen, surgieron perspectivas que destacan la crítica social integrada a estos productos

culturales. Aunque esta visión se plantea para América Latina, es conveniente rescatarla porque diversos estudios la emplean al estudiar la narcocultura en México.

Una de las primeras aportaciones la hizo Omar Rincón al estudiar la narcotele-novela colombiana. Para el autor, las narrativas de estos productos televisivos son un reflejo de la sociedad y del modo de pensar en Colombia; es decir, son un espejo en el que las y los colombianos se pueden ver, a la vez que inducen a cuestionar las propias experiencias y condiciones de vida.

De manera semejante, Ainhoa Vásquez (*No mirar*) destacó las reflexiones y la crítica social que pueden surgir a partir de la visualización de las narcoseries. La investigadora explica que estas producciones han sido cuestionadas por personeros políticos, autoridades gubernamentales, grupos de la sociedad civil y de la academia porque consideran que tienen una alta incidencia en la juventud y promueven su inclusión en el crimen organizado, aunque las evidencias que corroboran esta aseveración son insuficientes. Por ello, «varios académicos se han dado a la tarea de rescatar aspectos positivos de estos seriados, tanto en relación a sus contenidos, como a los efectos catárticos en los espectadores» (33).

La autora identificó en estos productos tres aspectos benéficos: ayudan a desmontar los estereotipos de género y su normalización en la sociedad; visibilizan la estrecha relación entre las redes criminales del narcotráfico y el poder gubernamental, a la vez que evidencian el maniqueísmo de la visión oficial sobre las drogas, y ofrecen a las y los televidentes enseñanzas morales ya que, como narrativas ligadas al melodrama, siguen la ética que asigna un castigo para todo aquel que infringe la ley. Esto no significa el posicionamiento de los traficantes como héroes, sino que el reconocimiento de la anulación absoluta de lo bueno y lo malo, porque no existe personaje situado completamente en el polo del bien. «Ellas nos enrostran el fracaso absoluto. El fracaso del Estado, de la política, de las instituciones y de la sociedad entera» (Vásquez, *No mirar* 89).

Aportaciones afines a esta perspectiva destacan la relevancia política y social de las narrativas, ya que pueden constituirse en dispositivos de denuncia y de visibilización de las violencias, de la pérdida de credibilidad en las instituciones gubernamentales y de la degradación social, a la vez que permiten reflexionar en formas alternativas de vida (Vásquez, «La villanía heroica» y «Cuando los héroes fracasan»; Murillo y Lagunas).

Otra propuesta es la de Hermann Herlinghaus, quien sugiere la revisión de la narcocultura desde una perspectiva más crítica y contextualizada en los entornos de violencia a los que se ha relegado América Latina como territorio de producción y trasiego de estupefacientes. A dicha perspectiva la denominó estética de la sobriedad.

Herlinghaus plantea la sobriedad como un dispositivo epistémico, estético y ético para analizar las narconarrativas, considerando que poseen una gran capacidad para exponer desde la experiencia propia los entramados de violencia en esta parte del mundo. Es decir, en lugar de observar la espectacularidad y el sensacionalismo de las producciones, se trata de reconocer en ellas la expresión de los afectos, las estéticas y éticas locales, y el sentido crítico sobre el contexto social. El autor señala que, más allá

del aparente simplismo textual y rítmico, algunos narcocorridos evidencian un impulso afectivo que mezcla el tono sobrio del lamento con los mensajes de violencia y muerte; de igual forma, las novelas y el cine revelan el compromiso de los escritores «con una problemática cuya faz a menudo repugnante esconde un fondo neurálgico» (34).

Asimismo, Herlinghaus señala que no se trata de explicar una tipología narrativa, sino de acceder e interpretar fenómenos actuales que pueden colocarse dentro de una nueva «otredad» del Sur Global, resultado de los mecanismos de inclusión y exclusión ejercidos con los procesos de globalización; es decir, lo que está en juego «es una “tercera” revisión histórico-cultural de la modernidad y sus crisoles hermenéuticos y conceptuales» (Herlinghaus 2013, en Viascán-Bauer 421). De acuerdo con Nadya Viascán-Bauer, lo que Hermann Herlinghaus propone es comprender las narrativas mexicanas contemporáneas tomando distancia de las mitificaciones y los miedos instigados por los medios de comunicación.

Adriaensen señala que pueden entenderse como estéticas de la sobriedad los textos *No nacimos pa' semilla*, *Diario de un narcotraficante* de Alonso Salazar y *Nostalgia de la sombra* de Eduardo Antonio Parra, así como algunos narcocorridos del grupo musical Los Tigres del Norte, ya que narran los sucesos con sobriedad mediante la tragedia irónica. Asimismo, plantea que no se trata de mantener una dicotomía entre el exceso y la sobriedad, ya que en el entorno de violencia globalizada no es posible distinguir quiénes son víctimas, cómplices o perpetradores.

De acuerdo con lo anterior, el análisis implica ampliar la perspectiva para identificar los distintos elementos que configuran al narcotráfico y las violencias registradas en esta parte del mundo. En este sentido, la narcocultura puede promover la discusión sobre la realidad, las experiencias y condiciones de vida; sin embargo, no se puede perder de vista que se encuentra enmarcada dentro del exotismo y la mercantilización de la violencia.

La narcocultura como construcción social de sentidos y significados

A diferencia de los estudios que definen a la narcocultura a partir de los objetos culturales y las estéticas vinculadas al tráfico de drogas, un conjunto de investigaciones toma como referencia su incorporación en la construcción social de sentidos y significados en torno al narcomundo; es decir, más que ponderar a los productos culturales, se concentran en los procesos intersubjetivos que intervienen en su significación.

Este enfoque proviene de la antropología y de la perspectiva semiótica de la cultura, la que rebasa la visión descriptiva de los objetos, prácticas y creencias para llevarla al plano simbólico. Las aportaciones parten de la conceptualización de la cultura como urdimbre de significación donde los sistemas de signos dan sentido a los objetos, las prácticas e imaginarios sociales; de manera que, mediante acuerdos sociales y códigos comunes las personas construyen visiones del mundo que los rodea (Geertz).

Dichas significaciones no solo permiten la interacción social, sino que constituyen dispositivos de poder porque se desarrollan dentro de contextos estructurados

histórica y socialmente; por lo tanto, las instituciones poderosas, como los medios de comunicación y el Estado, son las que tienen mayor injerencia en la administración, explicación y significación de los fenómenos sociales. Mediante operaciones de jerarquización, marginación y exclusión estas instituciones crean un mapa cultural «donde impositivamente se asigna un lugar a todos y a cada uno de los actores sociales» (Giménez 73).

Sobre la base de lo anterior, el estudio de la narcocultura «implica tomar en cuenta los procesos específicos y socialmente estructurados desde los cuales se producen, transmiten y reciben las formas simbólicas relacionadas con el narcotráfico» (Becerra, «Narcocultura y construcción» 163). Para el caso de México es necesario considerar el marco prohibicionista y el entrelazamiento entre la proscripción y la legalidad como elementos que conformaron al narcotráfico como una de las empresas transnacionales más lucrativas y violentas de todos los tiempos.

Dentro de esta perspectiva, Valenzuela definió a la narcocultura como:

la incorporación del narcomundo y sus opciones como referente que participa en la definición de proyectos y sentidos de vida (y de muerte) de millones de personas que participan en alguna de las actividades del narco y de quienes se ven implicados en sus entramados («Narcocultura: sentidos y significados» 507).

Asimismo, planteó que para comprender los significados que puede tener la narcocultura para los grupos sociales habría que considerar sus condiciones de vida, los contextos sociales, las posibilidades de movilidad social, los marcos axiológicos predominantes, la credibilidad en las instituciones y en sus representaciones. La variedad en los entornos de vida y de experiencias individuales derivan en significados y puntos de vista diferenciados sobre el narcotráfico.

Con frecuencia los estudios que abordan a la narcocultura como formas que expresan sentidos y significados se apoyan en los planteamientos teóricos de los estudios culturales y de la psicología social sobre las representaciones sociales; sin abundar en ellas, se plasman algunos de los rasgos que hacen posible el análisis de las expresiones culturales ligadas al tráfico de drogas.

En el ámbito de los estudios culturales, Stuart Hall planteó la representación como el uso del lenguaje para decir algo significativo sobre el mundo; es decir, es la producción de significado a través del lenguaje. El significado no es algo inherente a los objetos o acontecimientos, sino que es producido por los actores sociales con el fin de dar sentido al entorno que los rodea y transmitirlo a los demás.

Hall explicó que la representación abarca dos procesos a través de los cuales las personas interpretamos al mundo: el primero nos permite ligar los objetos o acontecimientos a los mapas mentales que poseemos, y en el segundo logramos su expresión mediante el lenguaje; la relación entre los conceptos y los signos lingüísticos es lo que permite la producción de significado. Esta conceptualización permite entender a la narcocultura como un circuito que incluye tanto los procesos de construcción y

socialización de significados como las formas de internalización y apropiación dentro de contextos de espacio y tiempo determinados.

Por su parte, desde la psicología social, Serge Moscovici planteó el concepto de representaciones sociales como una forma de pensamiento que permite entender la realidad a partir de las interacciones sociales y los entornos cotidianos; son recursos de comunicación que permiten acercarnos a la realidad aun cuando no tenemos acceso a ella de manera directa, orientan las conductas y delinear modelos de convivencia. De acuerdo con este autor, las representaciones sociales abarcan dos mecanismos: la objetivación y el anclaje, la conjunción de ambos permite integrar los nuevos conocimientos y darles un significado a partir de categorías o nociones construidas dentro de un grupo social.

Valenzuela («Narcocultura: sentidos y significados») explica que las representaciones sociales permiten comprender cómo los aspectos poco conocidos del narcomundo se fueron transformando en formas reconocibles y propias de este entorno, por ejemplo, el estilo de vida y las estéticas ligadas al narcotráfico, y la manera en que estas formas se fueron incorporando a narrativas axiológicas mediante las que se pretendió justificar una supuesta guerra contra el crimen organizado.

Esta perspectiva revela que las representaciones sobre el narcotráfico adquieren significados específicos para las personas, los que se emplean en la toma de decisiones, las acciones, las prácticas e interacciones cotidianas. Como señala Paola Ovalle:

De esta forma, «el narco», «el adicto» y los «cárteles del narcotráfico» ya no sólo son actores principales de películas, telenovelas, libros y demás medios de comunicación masiva, sino que empiezan a ser actores sociales y escenarios cotidianos (131).

Desde la perspectiva de las representaciones sociales se encontraron estudios apoyados en la etnografía y la fenomenología que tratan de profundizar en la producción e interpretación de elementos simbólicos vinculados al tráfico de drogas. A manera de ejemplo se pueden mencionar investigaciones que analizan las divergentes representaciones que emergen a partir de escenarios y actores del narcotráfico;⁸ la mercantilización de la figura del traficante como héroe popular por las industrias culturales y la propia industria del narcotráfico;⁹ la apropiación de los contenidos a manera de «*performance* de la transgresión» a través de comportamientos de aparente bravura y atrevimiento;¹⁰ los procesos de significación de los enfrentamientos armados y su registro en productos culturales;¹¹ las mediaciones humanas y materiales que intervienen en la creación,

8 Ver Reyes-Sosa, Larrañaga y Valencia; Mondaca («La fenomenología de la narcocultura»); Yeh.

9 Ver Cameron.

10 Ver Armenta.

11 Ver Burgos y Almonacid.

aceptación y apropiación de los contenidos simbólicos;¹² así como el papel que juega el contexto en la significación de los productos culturales para jóvenes que viven en entornos de violencia y narcotráfico.¹³

Esta perspectiva pone en evidencia los distintos significados y sentidos que se presentan en la creación, difusión, consumo y apropiación de acuerdo con los entornos, las mediaciones, los actores y sus experiencias de vida. Asimismo, reconoce la existencia de marcos de interpretación construidos en procesos históricos sociales que estructuran y acotan dichos significados dentro de referentes ligados a la criminalidad.

Comentarios finales

Los estudios sobre la narcocultura en México han formado un área de investigación y reflexión que no se limita a la descripción de objetos, prácticas, estéticas o estilos de vida, sino que analiza las dinámicas culturales ligadas al narcotráfico como empresa transnacional y su relación con las condiciones de vida de millares de personas que han quedado insertas en este entorno.

Las aportaciones académicas muestran que en el surgimiento de las expresiones culturales vinculadas a las drogas influyó su proscripción en pro de la supuesta integridad de la población mexicana, la pobreza de las comunidades rurales, serranas y fronterizas que encontraron en el cultivo y producción de enervantes su sustento económico, y la colindancia con Estados Unidos como lugar de destino de consumo, así como el arraigo social de productos como el corrido y de narraciones populares sobre bandidos generosos que se convierten en héroes ante a un Estado predador.

Además, exponen la diversidad de representaciones sobre el narcotráfico y sus transformaciones a lo largo del tiempo, así como la manera en que la narcocultura ha participado en la configuración de prácticas, imaginarios y conductas al grado de considerarse como una subcultura. Entre otros aspectos, los estudios han abordado las formas en que el periodismo colocó al tráfico de drogas y a los traficantes en el escenario público mexicano, los cambios en las expresiones simbólicas con el asentamiento del narcotráfico en las grandes ciudades, la incorporación de las industrias culturales y las empresas transnacionales en la creación de productos con temas locales pero de consumo global y, sobre todo, el giro en los contenidos a partir de la intensificación de la violencia en el país.

Resalta el interés en la indagación de los procesos de significación de las expresiones simbólicas tanto en su creación como en su uso, para lo cual se recurre a diversos recursos conceptuales: formas simbólicas, códigos, configuraciones ideológicas,

12 Ver Burgos («Música y narcotráfico en México»).

13 Ver Alvarado; Becerra («Narcocultura y construcción de sentidos»); Albarrán y Burgos.

representaciones e imaginarios. Derivado de ello, los análisis tienden a identificar a los actores que intervienen en su configuración e interpretación; en particular, los estudios apoyados en la etnografía y la fenomenología, así como los que recurren a soportes teóricos sobre mediaciones y apropiación cultural muestran los procesos de significación en grupos sociales específicos y su relación con el entorno, las prácticas rutinarias y los proyectos de vida.

¿De qué manera participa la producción académica como discurso sobre el tráfico de drogas? Las diversas perspectivas de análisis llevan a considerar que la narcocultura se configura como un objeto de estudio donde se entrecruzan diversos aspectos que tienen que ver con lo que José Manuel Valenzuela denominó «los entramados del narcomundo», así como con las diversas visiones que tratan de explicarlo. Contrario a algunas afirmaciones, los estudios sobre la narcocultura contribuyen a desmontar la versión maniquea en torno al narcotráfico y permiten entender a las drogas como un producto cultural que emerge dentro del proceso de globalización neoliberal; por ello, varias y varios autores hacen hincapié en la ineficiencia de marcos dicotómicos como legal e ilegal, normal y anormal, víctimas y victimarios, salud y trastorno en la comprensión del papel de las drogas en la sociedad.

Lo que se trata de discernir en el estudio de la narcocultura en México es el entrelazamiento entre los elementos simbólicos, la violencia exacerbada, los patrones éticos y los dispositivos de coerción social; es decir, la configuración cultural de las drogas. El propósito no está en el conflicto armado o en la guerra contra las drogas en sí misma, sino en las diversas dinámicas que intervienen en la estructuración del narcotráfico dentro del contexto social. El reto para la investigación académica será no perder de vista esta intención ante el universo simbólico y el sensacionalismo desplegado, los que se amplían si se toman en consideración ámbitos poco analizados como los videojuegos, las redes sociales y el ciberespacio. Aunado a ello, está la necesidad de integrar este fenómeno social en el entorno de América Latina con miras a observar la manera en que las manifestaciones locales de la narcocultura crean representaciones sobre el papel que juega esta parte del mundo en la conformación geopolítica global del tráfico de drogas.

Referencias

- Adriaensen, Brigitte. «¿Hacia un mercado de la memoria sobre México? Narcoturismo, narcocrónica, narconovela». *LIT Ibéricas*, n° 12, 2016, pp. 221-235. https://www.academia.edu/35123020/_Hacia_un_mercado_de_la_memoria_sobre_México_Narcoturismo_narcocrónica_narconovela
- Albarrán, Laura y César Burgos. «Memorias sociales y mediáticas sobre la violencia y el narcotráfico de jóvenes michoacanos a partir de narcocorridos». *Transformaciones de la música contemporánea*. Coord. D. Martínez y J. Sánchez. UAM, 2021, pp. 253-286.

- Alvarado, Ramón. «El buchón: ¿una imagen juvenil o una expresión cultural y urbana de Sinaloa?». *TLA-MELAU - Revista de ciencias sociales*, n° 42, 2017, pp. 136-157. <http://www.apps.buap.mx/ojs3/index.php/tlamelau/article/view/285>
- Armenta, Ferdinando. «Transgresión y autorreferencia. Un acercamiento etnográfico al disfrute de narcocorridos desde una ciudad del norte de México». *Mitologías hoy*, vol. 14, 2016, pp. 271-286. <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v14-armenta>
- Astorga, Luis. *Mitología del «narcotraficante» en México*. UNAM-Plaza y Valdés, 1995.
- . «Corridos de traficantes y censura». *Región y sociedad*, vol. XVII, n° 32, 2005, pp. 145-165. <http://www.scielo.org.mx/pdf/regsoc/v17n32/v17n32a5.pdf>
- . *El siglo de las drogas*. Debolsillo, 2016.
- Becerra, América. «Investigación documental sobre la narcocultura como objeto de estudio en México». *Culturales*, n° 6, 2018, pp. 1-36. <https://doi.org/10.22234/recu.20180601.e349>
- . «Representaciones de la narcocultura en *Narcos: México*». *Mitologías hoy*, vol. 20, 2019, pp. 291-309. <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v20-becerra>
- . «Narcocultura y construcción de sentidos de vida y muerte en jóvenes de Nayarit». *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. XXV, n° 50, 2020, pp. 157-179. <https://www.redalyc.org/journal/316/31661318006/31661318006.pdf>
- Becerra, América y Diego Hernández. «Fascinación por el poder: consumo y apropiación de la narcocultura por jóvenes en contextos de narcotráfico». *Intersticios sociales*, n° 17, 2019, pp. 259-285. <http://www.intersticiosociales.com/index.php/is/article/view/235/pdf>
- Bourdieu, Pierre. «El campo científico». *Redes: Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, vol. 1, n° 2, 1994, pp. 129-160. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/317>
- . *Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus, 1998.
- Burgos, César. «Música y narcotráfico en México. Una aproximación a los narcocorridos desde la noción de mediador». *Athenea digital*, vol. 11, n° 1, 2011, pp. 97-110. <https://atheneadigital.net/article/view/v11-n1-burgos>
- . «Narcocorridos: antecedentes de la tradición corridística y del narcotráfico en México». *Studies in Latin American Popular Culture*, n° 31, 2013, pp. 157-183. <https://doi.org/10.75.560/SLAP3110>
- Burgos, César y Julián Almonacid. «Composición de narcocorridos en tiempo real: construcción sociomusical del 17 de octubre, *El culiacanazo*». *Encartes*, vol. 4, n° 8, 2021, pp. 10-37. <https://doi.org/10.29340/en.v4n8.173>
- Cabañas, Miguel. «El narcocorrido global y las identidades transnacionales». *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 42, n° 3, 2008, pp. 519-542. https://www.academia.edu/670779/El_narcocorrido_global_y_las_identidades_transnacionales
- Cameron, Mark. *El narcotraficante: Narcocorridos and the Construction of a Cultural Persona on U.S.-Mexico Border*. University of Texas, 2004.

- Córdova, Nery. «La subcultura del “narco”: la fuerza de la transgresión». *Cultura y Representaciones Sociales*, vol. 2, n° 3, 2007, pp. 106-130. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102007000200005&lng=es&tlng=es
- . «La narcocultura: poder, realidad, iconografía y “mito”». *Cultura y representaciones sociales*, vol. 6, n° 12, 2012, pp. 209-237. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102012000100007
- Díaz, Elba, Daniel Barredo y Mario Hueso. «La ficcionalización de la fuga de Joaquín Guzmán Loera en la prensa mexicana. Un estudio del tratamiento en los periódicos *Reforma*, *El Universal*, *La Jornada* y *Excélsior* (2015)». *Estudios sobre el mensaje periodístico*, vol. 23, n° 2, 2017, pp. 773-792. <https://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/58015>
- Fonseca, Alberto. «Una cartografía de la narco-narrativa en Colombia y México (1990-2010)». *Mitologías hoy*, vol. 14, 2016, pp. 151-171. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/mitologias.354>
- García, Arturo. «La narconarrativa un subgénero literario fronterizo y binacional». *Razón y palabra*, n° 84, 2013, pp. 1-21. http://www.razonypalabra.org.mx/N/N84/V84/14_Garcia_V84.pdf
- García, Daniel y Gabriel Escalante. «Los corridos en los tiempos rudos de México: cantando de dolor, alegría y guerra». *Doxa Digital*, vol. 5, n° 9, 2015, pp. 260-283. <http://doxa.uach.mx/assets/r9articulo12.pdf>
- Geertz, Clifford. *The Interpretation of Culture*. Basic Books, 1973.
- Giménez, Gilberto. *Teoría y análisis de la cultura. Volumen Uno*. CONACULTA, 2005.
- González-Ortega, Nelson (comp.). *Subculturas del narcotráfico en América Latina. Realidades geoeconómicas y geopolíticas y la representación sociocultural de una nueva ética y estética en Colombia, México y Brasil*. Universidad de los Andes (Colombia)- Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad de Oslo, 2015.
- Hall, Stuart. *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Sage Publications, 1997.
- Herlinghaus, Hermann. «Narconarrativas. Hacia una estética global de la sobriedad». *Narcodependencia. Escenarios heterogéneos de narración y reflexión*, coords. L. Lara, A. Ortega, y H. Herlinghaus. El Colegio Nacional, 2018, pp. 15-44.
- Karam, Tanius. «Tensiones culturales y Mediaciones Sociales en los discursos audiovisuales sobre el narcotráfico». *Mediaciones sociales*, vol. 17, 2018, pp. 193-208. <http://dx.doi.org/10.5209/MESO.59792>
- Linton, Magnus. «La guerra contra las drogas: de Richard Nixon a Barack Obama». *Nueva Sociedad*, n° 255, 2015, pp. 69-80. <https://biblat.unam.mx/hevila/Nuevasociedad/2015/no255/6.pdf>
- Maihold, Günther y Rosa Sauter. «Capos, reinas y santos: la narcocultura en México». *México Interdisciplinario*, año 2, n° 3, 2012, pp. 64-96. http://www.maihold.org/mediapool/113/1132142/data/Narcocultura_en_Mexico_GM_SdM.pdf

- Mercader, Yolanda. «Imágenes femeninas en el cine mexicano de narcotráfico». *Tramas*, n° 36, 2012, pp. 209-237. <https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/608/605>
- Mondaca, Anajilda. «Narrativa de la narcocultura. Estética y consumo». *Ciencia desde el Occidente*, vol. 1, n° 2, 2014, pp. 29-38.
- . «La fenomenología de la narcocultura y su universo simbólico». *Graffylia*, vol. 3, n° 5, 2018, pp. 73-89. <http://rd.buap.mx/ojs-dm/index.php/graffylia/article/view/161>
- Morín Martínez, Edgar. *La maña. Un recorrido antropológico por la cultura de las drogas*. Debate, 2015.
- Moscovici, Serge. *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Anesa-Huemul, 1979.
- Murillo, Ilse y Samuel Lagunas. «Imaginarlos de las infancias en el cine mexicano del narcomundo: los casos de *Vuelven y Noche de fuego*». *Arte y políticas de identidad*, vol. 26, 2022, pp. 29-49. <https://revistas.um.es/reapi/article/view/529981/326601>
- Nieto, Omar y Javier Moro. «Libros sobre el narco: periodismo narrativo y testimonio». *Suplementodelibros*, 16 de diciembre de 2013.
- Núñez, Guillermo. «“El mal ejemplo”: masculinidad, homofobia y narcocultura en México». *El Cotidiano*, n° 202, 2017, pp. 45-58. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32550024005>
- Núñez-González, Marco y Guillermo Núñez. «Masculinidades en la narcocultura de México: “los viejones” y el honor». *Religión y Sociedad*, vol. 31, 2019, pp. 1-23. <https://doi.org/10.22198/rys2019/31/1107>
- Ovalle, Lilian. «Las fronteras de la narcocultura». *La frontera interpretada*. UABC/CONACULTA-Gobierno del Estado de Baja California, 2005, pp. 117-150.
- Ovalle, Lilian y Corina Giacomello. «La mujer en el “narcomundo”: Construcciones tradicionales y alternativas del sujeto femenino». *La ventana*, n° 26, 2006, pp. 297-319. <http://www.scielo.org.mx/pdf/laven/v3n24/1405-9436-laven-3-24-297.pdf>
- Pannetier Leboeuf, Gabriela. «Necropolíticas neoliberales y narcotráfico en el cine mexicano de serie B: un estudio de caso de *El juego final* (2014), de Oscar López». *Arte y políticas de identidad*, n° 26, 2022, pp. 103-120. <https://revistas.um.es/reapi>
- Pardo, Eustolio. «Puto el que se muera: el cine en la guerra del narco». *Reflexiones Marginales*, n° 40, 2017.
- Polit-Dueñas, Gabriela. *Narrating Narcos. Culiacan and Medellín*. Pittsburgh University Press, 2013.
- Ramírez Paredes, Juan. «Huellas musicales de la violencia: el “movimiento alterado” en México». *Sociológica*, vol. 27, n° 77, 2012, pp. 181-234. <http://www.sociologiamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/65>
- Ramírez-Pimienta, Juan. «Del corrido de narcotráfico al narcocorrido: orígenes y desarrollo del canto a los traficantes». *Studies in Latin American Popular Culture*, n° 23, 2004, pp. 21-41. https://www.academia.edu/30969840/Del_corrido_de_narcotrafico_al_narcocorrido_Or%C3%ADgenes_y_desarrollo_del_canto_a_los_traficantes

- —. «Sicarias, buchonas y jefas: perfiles de la mujer en el narcocorrido». *The Colorado Review of Hispanic Studies*, n° 8/9, 2010, pp. 327-252.
- —. «El narcocorrido religioso: usos y abusos de un género». *Studies in Latin American Popular Culture*, vol. 29, 2011, pp. 184-201. <https://muse.jhu.edu/article/439124/pdf>
- —. «“El bazucazo”: un antecedente histórico de la guerra contra el narco en la corridística mexicana». *Revista Cultura y Droga*, vol. 25, n° 29, 2020, pp. 163-181. <https://doi.org/10.17151/culdr.2020.25.29.8>
- Reyes-Sosa, Hiram, Maider Larrañaga-Egilegor y José Valencia-Garate. «La representación social del narcotraficante en jóvenes sinaloenses». *Región y Sociedad*, vol. 29, n° 69, 2017, pp. 69-88. <https://regionysociedad.colson.edu.mx:8086/index.php/rys/article/view/269>
- Rincón, Omar. «Amamos a Pablo, odiamos a los políticos. Las repercusiones de Escobar, el patrón del mal». *Nueva Sociedad*, n° 255, 2015, pp. 94-105. <https://nuso.org/articulo/amamos-a-pablo-odiamos-a-los-politicos-las-repercusiones-de-escobar-el-patron-del-mal/>
- Rosen, Jonathan y Roberto Zepeda. «La guerra contra el narcotráfico en México: una guerra perdida». *Reflexiones*, vol. 94, n° 1, 2015, pp. 153-168. <https://www.redalyc.org/pdf/729/72941346011.pdf>
- Sánchez, Jorge. «Procesos de institucionalización de la *narcocultura* en Sinaloa». *Frontera norte*, vol. 21, n° 41, 2009, pp. 77-103. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-73722009000100004&lng=es&tlng=es
- Santos, Danilo, Ainhoa Vásquez e Ingrid Urgelles. «Lo narco como modelo cultural: Una apropiación transcontinental». *Mitologías hoy*, vol. 14, 2016, pp. 9-23. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/mitologias.401>
- Schievenini, José. «La prohibición nacional del cannabis en México: revisión histórica de la relación entre leyes y ciencia». *Nósis*, vol. 30, n° 60, 2021, pp. 20-44. <https://dx.doi.org/10.20983/noesis.2021.2.2>
- Simonett, Helena. «Subcultura musical: el narcocorrido comercial y el narcocorrido por encargo». *Caravelle*, n° 82, 2004, pp. 179-193.
- —. «Los gallos valientes: Examining Violence in Mexican Popular Music». *Trans - Revista Transcultural de Música*, n° 10, 2006. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=82201008>
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Melusina, 2010.
- Valencia, Sayak y Katia Sepúlveda. «Del fascinante fascismo a la fascinante violencia: psico/bio/necro/política y mercado gore». *Mitologías hoy*, vol. 14, 2016, pp. 75-91. <https://revistes.uab.cat/mitologias/article/view/v14-valencia-sepulveda>
- Valenzuela, José. *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*. El Colegio de la Frontera Norte, 2002.
- —. «Narcocultura, violencia y ciencias socioantropológicas». *Desacatos*, n° 38, 2012, pp. 95-102. <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/273>

- —. «Narcocultura: sentidos y significados de la vida y de la muerte». *Narcodependencia. Escenarios heterogéneos de narración y reflexión*, coords. L. Lara, A. Ortega, y H. Herlinghaus. El Colegio Nacional, 2018, pp. 505-539.
- Van Dijk, Teun. «El análisis crítico del discurso». *Anthropos*, n° 186, 1999, pp. 23-36. <http://www.discursos.org/oldarticles/El%20an%El%20cr%EDtico%20del%20discurso.pdf>
- Viascán-Bauer, Nadya. «Necropolítica, narcocultura y literatura contemporánea en México». *Narcodependencia. Escenarios heterogéneos de narración y reflexión*, coords. L. Lara, A. Ortega, y H. Herlinghaus. El Colegio Nacional, 2018, pp. 393-424.
- Vásquez, Ainhoa. «La villanía heroica de El Señor de los Cielos en la lucha contra un Estado anómico». *Anagramas*, vol. 13, n° 25, 2014, pp. 107-126. <http://www.scielo.org.co/pdf/angr/v13n25/v13n25a07.pdf>
- —. «Cuando los héroes fracasan: De la teleserie policial a las narcoserries». *Punto Cero*, vol. 20, n° 31, 2015, pp. 99-110. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=421842827010>
- —. «De muñecas a dueñas: La aparente inversión de roles de género en las narcoserries de Telemundo». *Culturales*, vol. 4, n° 2, 2016, pp. 209-230.
- —. *No mirar. Tres razones para defender las narcoserries*. Universidad Autónoma de Chihuahua-Universidad Autónoma de Sinaloa, 2020.
- Villatoro, Carolina. «Aspectos socioculturales e imágenes del narcotráfico». *Imagonautas*, vol. 3, n° 1, 2012, pp. 56-75. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4781802>
- Yeh, Rihan. «“La calle es un río”: el público de los (narco)corridos como “el pueblo”». *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 51, n° 1, 2015, pp. 79-107. <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/236>
- Youngers, Coletta y Eileen Rosin (comps.). *Drogas y democracia en América Latina: El impacto de la política de Estados Unidos*. Wola/Biblos, 2005.
- Zavala, Oswaldo. *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*. Malpaso, 2018.